

SERMON SEPTUAGÉSIMO.

De la distribucion de las gracias á la humanidad en el gobierno divino.

SEÑORES:

Vosotros me podeis decir: vos habeis justificado el gobierno de la Providencia en lo concerniente á las almas consideradas una á una; pero toda alma es un misterio, lo que pasa en ella es dudoso, desconocido, y no tiene ni la certeza ni la claridad necesarias para explicar plenamente la conducta de Dios. Por fortuna, Dios obra en otra parte; obra á descubierto, á la faz del sol, en la historia auténtica de la humanidad: ahí lo citamos á comparecer, ahí es menester oír su justificacion. Ahora bien, si consideramos los anales de la humanidad bajo el punto de vista de la Providencia, ¿qué vemos en ellos? Dios, se dice, quiere salvar á todos los hombres; lo quiere como quiere un Dios lo que quiere, con un poder y una sabiduría soberanos, puestos al servicio de una soberana bondad. Lo quiere desde el principio hasta el fin, ayer, hoy mañana, siempre, y por consiguiente ¿ha debido preparar á esta raza, que él ha bendecido sin excepcion medios universales y permanentes de salvacion? ¿Es esto lo que nosotros vemos? Nosotros vemos, por el contrario, al género humano abandonado por espacio de siglos á los azares de su perversidad. Mil años pasan: ¿dónde está el Cristo salvador? ¿Dónde está la sangre prometida al mundo, y que, en un misterio de amor, de justicia y de libertad, debe lavar, como nos lo habeis dicho, de su mancha original á la desgraciada posteridad de Adán? Nada aparece. Otros mil años pasan: ¿dónde está el Cristo? ¿dónde la sangre reparadora? ¿Dónde la salvacion? El género humano se precipita en una corrupcion irremediable: cultos infames deshonoran la idea de Dios, y convierten sus altares en escuela de desmoralizacion consagrada por la piedad; las tiranías, dignas de semejantes cultos, inauguran su dominacion contra el derecho y el buen sentido, y el universo se presenta como una presa entregada al triple demonio de la

locura, de la esclavitud y del impudor. ¡Entretanto silencio en el cielo, silencio en la tierra, silencio de cuarenta siglos: nada de Dios, sino son ciertos hechos oscuros que se ven, á lo que se dice, en un rincón del mundo, en una familia privilegiada, y que familia aún! ¿Quiénes son esos Indios donde se reconcentra la mirada de Dios, y por los cuales olvida al género humano? Hé aquí la historia de la Providencia durante cuarenta siglos: ó vengador de Dios, de sus leyes, de su gobierno, ¿que pensais de esto? ¿Que nos decis?

Señores, lo confieso, el que quiere salvar debe proveer á la salvacion de aquellos á quienes quiere salvar. Es menester, puesto que Dios habia resuelto no perder al hombre despues de su falta, sino regenerarlo á él y á su estirpe, es menester que trabaje seriamente en esta grande obra desde el origen del mundo, y que encontremos los rastros memorables y eficaces en todas las páginas del género humano. Siendo nuestra salvacion, desde la creacion, la obra principal y aun la obra única de Dios, es preciso que aparezca con un esplendor que sobrepuje á todo esplendor, y que ninguna cosa en la tierra lleve un sello de poder, sabiduría, duracion y majestad comparable á aquel de que debe revestirse históricamente este magnífico esfuerzo de la bondad divina en favor de nuestra naturaleza caída. ¿Podeis dudar que sea así? No es el cristianismo esa obra de salvacion, y ¿qué cosa hay en el mundo mas antigua, mas duradera, mas visible y mas grande que el cristianismo? Es cierto, Cristo, hijo de Dios, no ha aparecido entre nosotros hasta despues de cuatro mil años de preparacion, y su muerte, instrumento principal de nuestra renovacion sobrenatural, no se ha verificado materialmente hasta esta época tardía de la humanidad. Pero no se sigue de aquí que el cristianismo no haya comenzado hasta ese día preciso, y que el misterio de nuestra reparacion no haya comenzado su carrerasino al pié de la cruz en que se consumó exteriormente el sacrificio del Dios hecho hombre. Este sacrificio habia sido consentido y aceptado en la hora misma de nuestra caída, y el cielo habia sido testigo de la muerte ideal y expiatoria del hijo de Dios cuatro mil años ántes que se ofreciera á nuestra vista con una sangrienta realidad. *El cordero*, dice san Juan, *habia sido inmolado desde el principio del mundo* (1), y, víctima suficiente, su sangre habia reconciliado, desde el cielo á la tierra, todo lo que habia desunido la prevaricacion. La humanidad se salvaba cuando concluía de perecer: Cristo, hijo de Dios por su generacion eterna,

(1) Apocalypsis, cap. 13, vers. 8.

se había hecho hijo del hombre por una generacion predestinada, y había tomado en sus indefectibles manos el cetro de nuestra vida sobrenatural caída de las manos culpables de Adan.

Esa es, me diréis vosotros, la doctrina católica; pero esa doctrina no la comprueban los hechos humanos. ¿Qué era en el fondo el cristianismo antes de Jesucristo? Todo lo mas una esperanza, cierto presentimiento oscuro, mantenido entre el pueblo judío por sus profetas, y en el resto del mundo por una reminiscencia de alguna tradicion antigua. ¿Pero se había verificado algun trabajo serio para preparar en el seno de los pueblos los dogmas y las costumbres que hemos llamado despues con el nombre de cristianos? ¿El cristianismo real, activo, poderoso, no es una institucion nueva, una era que comienza con el Evangelio, desconocida de todos aquellos que han precedido la promulgacion de este código divino?

Yo no niego, Señores, la diferencia de los tiempos. Yo debo afirmarlo, puesto que os he hecho ver que Dios, en la distribucion de su gracia, procede por via de desigualdad y de progreso. Del mismo modo que en cada alma, tomada á parte, la gracia tiene cierto curso que depende á la vez del libre arbitrio de Dios y del libre arbitrio del hombre, así tambien, en el seno de la humanidad, la gracia se desarrolla bajo un plan gradual, que no acusa la indiferencia de su autor, sino la profunda sabiduría con que lo conduce todo á su perfeccion. An es de Jesucristo, el cristianismo estaba en el estado de gérmen, sea como dogma, sea como ley, sea como sacramento; pero este gérmen no era inerte ni incapaz de salvar el mundo. Desde Adan, había recibido la eficacia necesaria para salvar á todas las generaciones, y á medida que se adelantaban hácia la hora predestinada de la venida y de la muerte sensibles de Cristo, Dios, lejos de abandonarlas, renovaba y aumentaba la luz que les había comunicado primitivamente. Si acusamos á la Providencia de haber olvidado á nuestros Padres, es porque ignoramos lo que ha hecho por ellos; sabedlo hoy, y sabedlo por la historia única que contiene de una manera auténtica los títulos y los recuerdos del género humano.

Adan salia del Paraíso terrenal: Adan salia caído, pero con un Redentor, que le había sido anunciado por la boca del mismo Dios, y que no debía abandonarlo á él ni á su posteridad un solo día. Salia con un dogma, una ley, un sacramento, todos tres imperecederos, todos tres, fuente universal de salvacion para los hombres y base indefectible de su comercio con Dios.

Un dogma, porque el espíritu necesita un conocimiento cierto del principio de las cosas y de su fin; una ley, porque la voluntad necesita una regla inviolable de sus actos; un sacramento, porque el alma necesita un medio sobrenatural de llamar á Dios en socorro suyo, y de unirse á él. Dogma, ley, sacramento, hé aquí todo el edificio del cristianismo y toda la organizacion de la salvacion. Adan los poseía. Él conocia á Dios, no solo por la deducion filosófica de su inteligencia, sino tambien por haberlo visto y oído bajo una forma que le revelaba su personalidad. Lo conocia como principio, providencia y justicia del mundo, y esta triple nocion de su actividad soberana no se separaba en él de la idea misma de su ser. Dios le aparecia vivo y verdadero, porque le aparecia creando, gobernando y juzgando, y cuando pronunciaba su nombre, este nombre le decia: El ha hecho todo, él gobierna todo, él juzgará todo. Tal era el dogma primitivo y universal, bien diferente del deísmo por su origen, puesto que era fruto de una revelacion exterior, mas diferente todavía por su certidumbre, puesto que no se presentaba á la imaginacion como obra suya, sino que se apoyaba en la piedra granítica de una constante é invencible tradicion. Y en este símbolo breve se encerraban, como el árbol en su gérmen, todos los misterios que debía desarrollar ulteriormente el rio del cristianismo. Creer en Dios como principio, era creer en todas las perfecciones de su incomprendible naturaleza; creer en Dios como providencia, era creer en todos los medios que tuviera por conveniente emplear para guiar á los hombres hácia su regeneracion; creer en Dios remunerador, era creer en las penas y recompensas de la eternidad bajo las formas que adoptara su infalible justicia.

Adan, en cuanto á su persona, y á causa de las iluminaciones del Paraíso terrestre, conocia en gran parte las consecuencias ocultas en el seno del dogma primordial; pero la memoria de su raza no debía ser asistida de modo que guardara un recuerdo completo, hasta el día en que, cayendo todos los velos, descubriera la palabra de Dios todos sus secretos. Mientras llegaba esta hora de consumacion, el género humano gozaba de una luz divina, capaz de iluminarlo, si queria, y de tenerlo por medio de la inteligencia en un comercio eficaz y sobrenatural con Dios.

¿Lo ha querido siempre y en todas partes? yo no lo aseguro. Así como despues de Jesucristo ha habido naciones que se han separado de los resplandores de la verdad católica, ha habido tambien antes de él hombres que han rechazado la antorcha de la primera revela-

cion. Pero así como los cismas posteriores al Evangelio no han apagado en el mundo ni su voz ni su reinado, las rebeliones de los tiempos antiguos contra el símbolo patriarcal no han apagado tampoco en ninguna parte su certeza y notoriedad. La idea de Dios, de su providencia, de sus juicios, ha permanecido por espacio de cuarenta siglos á la vista de nuestros mayores, y los cultos falsos, rodeando de errores estas verdades inmortales, no oscurecían la conciencia en la forma mas que para alumbrarla con respecto al fondo. La fábula reflejaba una imágen desfigurada de la historia, pero esta historia, cayendo en el corazón del hombre se purificaba allí con el contacto de la inteligencia, y Dios hallaba hasta en la mentira un auxiliar de su gloria y sus derechos. Entonces sin duda, entonces como ahora, el sofisma y la negación trabajaban el espíritu humano para infundirle el ateísmo, ó reducir á términos sin poder la noción de la divinidad: todo era en vano. El pueblo no comprendía las abstracciones solitarias que intentaban robarle la fe; el Dios que él adoraba era un Dios vivo, personal, activo, que se interesaba en las cosas del hombre, y su inclinación tendía mas bien á acercarse demasiado que á alejarse de él. La idolatría era el fruto de esta inclinación; pero la idolatría no excluía el conocimiento del Dios verdadero, y este Dios, como dice Tertuliano, salía de la conciencia pagana por estos gritos involuntarios que la lengua del cristianismo ha conservado: ¡O Dios! ¡ó Dios mio!

La idolatría era en la antigüedad lo que la herejía en los tiempos modernos, y así como la herejía no borra en los que la profesan el nombre de Jesucristo, la idolatría no apagaba en sus víctimas el recuerdo de Dios uno y perfecto. Abrid un libro grave de la antigüedad, historia, poema, tragedia, y veréis á través de las extravagancias del paganismo, un perfume de religión seria y profunda, que transpira en él fácilmente, y que nos revela que Dios no había abandonado al género humano, y que toda alma podía hasta cierto punto conocerlo, amarle y servirlo. Cuando los apóstoles se esparcieron por el mundo con la palabra y la cruz de Jesucristo, encontraron no solo Judíos é idólatras, sino una clase particular de hombres designada en sus actos bajo el nombre de adoradores de Dios, *colentes* (1). Tal era el Romano Cornelio, á quien le fué enviado un ángel para decirle: *Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido á la memoria y ante la faz de Dios* (2).

(1) Actos, cap. 13, vers. 43; cap. 17, vers. 4 y 17. — (2) Actos, cap. 10, vers. 3 y 4.

El dogma primitivo y universal sacaba su fuerza de conservación de una doble causa: en la razón misma del hombre y en la tradición. Cada una de estas causas no hubiera bastado por sí sola para asegurar su perpetuidad. La razón es demasiado débil para soportar el peso de Dios, y la tradición puramente exterior influye poco por sí misma en el espíritu humano. Pero su alianza y refracción, completándose mutuamente, sujetan á la humanidad á su yugo.

Lo mismo sucede con la ley. La ley dada á Adán, para que sirviera de regla de sus acciones y de las de sus descendientes era la misma que se renovó mas tarde en el monte Sinaí. Decía así:

- « Yo soy el señor tu Dios, y á nadie adorarás mas que á él.
- » Tú no jurarás el santo nombre de Dios en vano.
- » Tú descansarás el séptimo día santificándolo.
- » Tú honrarás á tu padre y á tu madre.
- » Tú no matarás.
- » Tú no cometerás impurezas.
- » Tú no robarás.
- » Tú no darás falsos testimonios.
- » Tú no desearás los bienes ajenos. »

Estos artículos no habían sido grabados, en su origen, en tablas de piedra, sino que, saliendo de la boca de Dios, Dios los había escrito casi todos en la conciencia del hombre para que fueran siempre el principio de las costumbres santas y de la verdadera civilización. Digo casi todos, porque el descanso y la santificación del séptimo día, aunque de origen primordial, tenían un carácter reglamentario que no podía tomar en el espíritu la forma metafísica de un deber absoluto. Salvo este punto, que la costumbre debía transmitir á la mayor parte de los pueblos, la legislación primitiva tenía su doble apoyo en la conciencia y la tradición. Hija y hermana del dogma, recibía de su luz una consagración religiosa, y el dogma á su vez recibía de ella el esplendor bienhechor que la justicia presta á la verdad. El dogma decía Dios, el hombre y sus relaciones; la ley decía también Dios, el hombre y sus relaciones; pero el dogma ligaba al espíritu iluminándolo, y la ley ligaba la voluntad dominándola. Naturalizados ambos en el alma humana, se prestaban un socorro mutuo, y san Pablo confundiéndolos en un mismo nombre podía decir á los paganos para justificar las vías de Dios respecto de ellos: *Como las naciones que no tienen la ley escrita cumplen naturalmente las cosas de la ley, son ellas mismas la ley, aunque no tengan nuestra ley, y muestran que esta ley está escrita en sus corazones por*

testimonios que los acusarán y los defenderán también el día que juzgue Dios los secretos humanos, según mi Evangelio por Jesucristo (1).

No basta, Señores, el dogma y la ley para constituir el orden sobrenatural que llamamos el cristianismo; la gracia es un elemento indispensable, porque sola ella penetra en el fondo del alma para disponerla á creer en el dogma, cumplir la ley, y elevarla hasta Dios por medio de una real participacion de su naturaleza y de su vida. La gracia forma al cristiano: ella le da la unción interior de la verdad y de la caridad, unción que el salvador del mundo recibió con inexplicable abundancia para que fuera en su persona el tesoro sin fondo de la humanidad, y de ahí le ha venido el nombre de Cristo, es decir, ungido. Y todos despues de él, en una medida que depende de la eleccion de Dios y de nuestra cooperacion, debemos ser hombres de gracia y por consiguiente ungidos, ó cristianos. Pero Dios, que nos ha hecho este don, no ha querido reservarse para sí solo la economía; por un sentimiento de generosidad y equidad, ha querido darnos poder sobre él, como él lo tiene sobre nosotros, y encerrar en ciertos actos una eficacia sobrenatural que, aun en nuestras manos débiles, se convierte en instrumento de gracia y regeneracion. Esto es lo que la lengua cristiana llama sacramentos. Como el dogma y la ley, los sacramentos no han alcanzado hasta la venida de Jesucristo su perfeccion entera; pero su institucion se remonta al origen del género humano. El árbol de vida, en el Paraíso terrenal, era un sacramento; Adán mismo, como depositario de una gracia hereditariamente trasmisible á su posteridad, era un sacramento. Despues de su caída, despojado de este privilegio que habia mezclado en él como en un solo océano el rio de la vida humana y el rio de la vida divina, Dios le dejó en prenda de su misericordia y para apoyo de su caída un sacramento imperfecto, aunque poderoso, que debia de ser para siempre la luz, la fuerza y el consuelo de su posteridad. ¿Cuáles es, Señores, este primer sacramento de la caída? ¿Cuál es ese instrumento de gracia que no destruye la culpa, que está destinado á sobrevivirle perpetuamente, y cuya virtud se encuentra en todas las almas por un sacerdocio universal é inextinguible? En vuestros labios lo teneis sin duda, porque no hay ninguno de vosotros que no haya sentido su beneficio, ninguno que no haya procurado con su ayuda reconquistar á Dios, si lo ha perdido, y acrecentar su reinado.

(1) Epístola á los Romanos, cap. 2, vers. 14, 15 y 16.

en su corazon, si ese reinado ha comenzado ya en él. Jesucristo decia al pueblo desde la montaña: *Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra, y á quien llama, se le abre (1).* Lo que decia allí Jesucristo al pueblo nuevo, Dios lo habia dicho al pueblo antiguo en la persona de Adán, y esta leccion conservada de siglo en siglo habia convertido la oracion en bálsamo é incienso de la humanidad.

No necesito, Señores, demostraros la universalidad de la oracion. Contemplad la historia: en cualquiera lugar y tiempo que la abrais, hallaréis al hombre prosternado ante Dios, pidiéndole todas las cosas, hasta las imposibles. Que el escéptico se sorprenda, y el impío se burle, eso no será mas que una razon mas para administrar la imperturbable confianza de todas las edades en la oracion, y para reconocer en ella una institucion que forma parte del corazon del hombre y de la voluntad de Dios sobre él.

¿Era, pues, abandonar á nuestros padres ponerles en las manos todos los medios de salvacion que acabamos de enumerar? Nosotros tenemos sin duda mas que ellos, pero ellos tenian ántes que nosotros la esencia del cristianismo, el dogma, la ley, el sacramento, y lo que poseían ellos es todavía la raíz que nutre lo que nosotros poseemos, como la vida del hombre provento remonta á los dias de su infancia para sacar de ellos la sávia que caracteriza su personalidad. Esta juventud del cristianismo tenia además sus compensaciones: el género humano era jóven también, mas próximo á su origen, y estaba sometido á una educacion que se ejercitaba juntamente por el ministerio profético y por acontecimientos, cuya grandeza renovaba de tiempo en tiempo la luz de las tradiciones. Dios obra todavía en nuestra edad de un modo sensible, proporcionado á las necesidades del mundo moral; pero, porque el advenimiento de Jesucristo y la autoridad de la Iglesia han dado á todo un asiento definitivo, la voz de los profetas, si resuena, no es ya mas que un accidente, y los actos de la Providencia, aun los mas significativos, han perdido el carácter gigantesco de los primitivos tiempos.

Como cavando en la tierra, se descubren en sus capas mas antiguas restos de una vegetacion colosal, así removiendo la historia en sus antiguas profundidades, se encuentran en ella los rastros de sucesos que no se han repetido en los siglos nuevos. Tales fueron el diluvio, la reunion y la dispersion de los hombres en los campos de Sen-

(1) San Mateo, cap. 7, vers. 7 y 8.

naar. El fin providencial del diluvio era, además del castigo de la depravacion general, el atraer otra vez al hombre á la unidad de una sola familia para hacer revivir las tradiciones, y para que, anudando su curso, se derramasen con mas autoridad en las venas purificadas del género humano. La catástrofe de Babel, contraria en la apariencia á este designio de unidad, no era, sin embargo, mas que una continuacion, porque multiplicando las lenguas, multiplicaba los testimonios en favor de la verdad que cada tribu llevaba en su memoria bajo sonidos y signos diversos. Pero esos eran acontecimientos extraordinarios, sembrados en los entreactos del drama de la Providencia, y que, propiamente hablando, no formaban parte del progreso del cristianismo, aunque contribuyeran á su conservacion.

Abrid ahora un mapamundi, y poned el dedo sobre el punto en que el trigésimo segundo grado de latitud setentrional se junta con el trigésimo tercero grado de longitud al oriente del meridiano de Paris: la tierra que tocan se llama la Tierra Santa. Mirad en torno vuestro: aquí al occidente se ve un mar ancho y largo que baña con sus ondas todos los golfos de la Grecia, de Italia, de España, de Africa, y que, extendiéndose por un estrecho hasta las soledades del setentrion, mientras que por otro extremo aborda los desiertos de la Atlántida, ha sido destinado por Dios para ser el gran camino de las naciones. Al mediodia, se adelanta otro mar, y se esfuerza por juntarse con aquel: es un brazo del océano indio que llama los buques del mundo para llevarlos á todas las playas del Asia y entregarles las riquezas que se alimentan con el fuego de un sol inagotable. Hacia el oriente, dos grandes rios, naciendo en el mismo sitio que el género humano, bañan las llanuras fecundas, donde se imprimieron los primeros pasos del hombre, é inclinándose al mediodia, van por otra puerta á reunirse con las aguas abundantes que circundan al Asia. Al rededor de este punto brillante, á distancias desiguales, pero próximas, Menfis ha construido los templos do se oculta la sabiduría; Tiro ha abierto los puertos por donde sale su púrpura á cambiarse con los productos de todos los pueblos; Nínive y Babilonia han levantado sus murallas y fundado esos viejos imperios que han inaugurado la ambicion de las conquistas y el gobierno. Toda tierra es allí célebre, y el pié del Arabe, despues de sesenta siglos, pisa ruínas sin fin que admiran los ojos y recuerdos que conmueven el corazon. Toda la civilizacion antigua, la guerra, la paz, las artes, el comercio, la vida y la muerte han habitado allí primitivamente, y cuando la Grecia y Roma, segundas hijas de la antigüedad, aparecieron en lontananza

para anunciar y preparar nuevas edades, enviaron, la una á Alejandro, la otra sus cónsules, para mezclar la gloria de su juventud con la gloria marchita de aquel viejo mundo.

Allí pues, en la confluencia de los negocios humanos, Dios, que con su palabra habia fundado y renovado una vez ya el cristianismo, Dios resolvió escribirlo, y escribirlo para un pueblo que fuese á la vez el depositario y el órgano de sus pensamientos, tenaz como la Escritura, móvil como la propagacion. Del Egipto al Siná, del Siná á Jerusalem, de Jerusalem á Damasco, á Nínive, á Babilonia, Dios condujo al pueblo escriturario é iniciador por vicisitudes que llenan la historia, y que, asociadas á los mas famosos acontecimientos del mundo profano, se encuentran en los monumentos que la ciencia moderna reanima á cada paso, y saca, con admiracion suya, del sepulcro entreabierto de la antigüedad. La guerra, el destierro y el comercio pusieron á los Judíos en comunicacion con todos los pueblos antiguos; ellos reinaron con Daniel en Babilonia, en Persia con Esther; dictaron leyes á Ciro, obtuvieron el respeto de Alejandro, y uno de los Lagidas hizo traducir sus libros sagrados en griego doscientos cincuenta años ántes de Jesucristo. A todas partes adonde los llevaba el espíritu de Dios, llevaban tambien su culto, y sus sinagogas pacíficamente sembradas en el universo fueron los primeros templos en que anunciaron los apóstoles la venida y la muerte del deseado de las naciones.

Así, señores, siete siglos despues del diluvio, quince siglos ántes de Jesucristo, en el momento en que se formaban las grandes potencias humanas, Dios grababa en bronce los fundamentos renovados del cristianismo, el dogma, la ley, el sacramento, las tradiciones de lo pasado con las profecías del porvenir, y presentaba esas tablas escritas con su dedo ó dictadas por él para conocimiento de todos los pueblos que ocupaban entonces el teatro del mundo. En vano la incredulidad ha querido negarlo, y derramar sobre los santos libros la oscuridad de una ciencia hipócrita y asustadiza; la construccion bíblica, muy bien asentada en el centro de la historia, ha desafiado esos juegos de una sabiduría falaz, y cada dia, á medida que el viejo mundo pierde los velos que lo ocultaban á nuestra vista, la Biblia aumenta milagrosamente su certidumbre y claridad. La Escritura de Dios ha confirmado su palabra, y lo que no hubiera sido á la larga, si se hubieran callado las profecías, mas que un recuerdo dudoso, es el áncoa imperecedera en que se apoya para siempre el arca de la verdad.

Peror ¿es esto todo? ¿Despues de la palabra y de la Escritura, no hay

mas respecto de una doctrina que viene de Dios y que debe salvar el mundo? Teneis razon, señores, queda otra cosa que hacer. Mucho es haber hablado, no como un retórico, á quien se aplaude hoy y se olvida mañana, sino con una autoridad que se perpetúa en la conciencia y funda una viva y universal tradicion. Mucho es haber escrito, no como un autor á quien se admira, y á quien se vuelve á leer, sino con un poder que inspira la fe, que turba al impío, y que, habiendo dividido el tiempo y las cosas en dos partes, la una divina, y la otra humana, no permite que ninguna inteligencia las confunda impunemente. Esto es mucho, digo: pero siendo la palabra y la Escritura el signo ó representacion de una persona, falta ver á esta persona. Este ha sido el tercero y último progreso del cristianismo. Despues de cuatro mil años de preparacion, en los que la humanidad no habia estado abandonada un solo dia, vino aquel que era el autor de la palabra y la Escritura, y que, habiendo hecho y destinado al hombre á una carrera de perfeccion terminada en el punto fijo de la beatitud, no habia cesado de acompañarlo en la larga y dolorosa peregrinacion de la libertad. Vino en la persona de su único hijo, coeterno con él, victima aceptada desde el origen del mundo para expiar la falta que nos habia perdido, y á la cual nuestros padres habian agregado en cuarenta siglos el peso personal de sus prevaricaciones. Vino, no para iniciar el cristianismo, sino para completarlo, no para crear ó destruir el dogma, la ley y el sacramento, que habian dado la vida á los anteriores tiempos, sino para darles una forma definitiva y una sancion suprema. Vino: todos los pueblos lo vieron en este punto magnífico del mundo y de la historia, al rededor del cual la Providencia lo habia colocado todo. La victima esperada cayó ante los representantes de la humanidad presentes en el Calvario; el cielo aceptó esta sangre, la tierra la bebió, ella cubrió la palabra y la Escritura de Dios, poniéndoles un sello de un mérito y una demostracion insuperables: una especie de renovacion inaudita se verificó; y el ojo del hombre, húmedo, sereno y cubierto, no cesó de mirar aquella cruz en que la carne de Dios hecho hombre, acababa de consumir el misterio de la salvacion universal.

Ante esta exposicion rápida del plan de la Providencia respecto de la humanidad, yo no creo, señores, que podais acusar á Dios de indiferencia ó inaccion. A lo sumo acusaríais el modo con que ha esparcido secularmente su misericordia, como constituyendo un progreso irracional é ineficaz, que no puede satisfacer al espíritu humano ni bastar á sus necesidades.

En efecto, diréis vosotros, que el hombre en sus operaciones se vea sujeto á la ley del progreso, se concibe, puesto que el hombre es limitado y que tiende á un fin infinitamente superior á él. Pero Dios, sabiduria y poder eternos, cualquiera que sea el fin que se proponga, no tiene que traspasar el espacio ni el tiempo; él está en todas partes, y su accion, perfecta como su esencia, abarca en un instante indivisible el orbe de lo pasado, de lo presente y de lo futuro. Le basta querer para hallarse en el término, y de él depende el comenzar por el fin. ¿Porqué pues ha ido él en pos de nuestros siglos? Porqué, salvador tardío y perezoso, ha desplegado uno á uno los resortes complejos de nuestra regeneracion, en vez de encender en la primavera de nuestras faltas el sol que las hubiera disipado con sus primeros rayos?

Señores, es indudable que Dios no está sujeto como nosotros por su naturaleza á la ley del progreso, y que él es dueño de perfeccionar con un solo golpe la obra exclusivamente suya. Pero olvidais dos cosas, que Dios es libre de trabajar en el tiempo, y de trabajar en el tiempo en una obra que exige la cooperacion de seres sucesivos y limitados. Establecida esta doble condicion, el progreso, lejos de ser en una obra divina un capricho inexplicable, es un elemento necesario de orden, de conveniencia y de belleza. En efecto, no se debe ver solo ahí la mano de Dios, sino tambien la mano de la criatura, mano débil y pesada, tanto mas respetable cuanto que desaparecia fácilmente si la accion divina abusaba al guiarla de su soberanía y omnipotencia. Como conduce un experto estatuario el cincel de un niño, así el arquitecto eterno debe tener con delicadeza la mano de la humanidad, y permitirle, por medio de una educacion progresiva, el desarrollar en la obra comun todo su ingenio y toda su virtud. Por eso se ha mostrado Dios á nuestra raza con una medida suficiente, pero que nos iniciaba por grados en los misterios de nuestra regeneracion.

Simple familia al principio, la humanidad solo necesitaba recuerdos domésticos, un sacerdocio paternal, un dogma y una ley que se apoderasen de su conciencia por su natural claridad, y un sacramento que fuese un manantial vivo para el corazon de cada uno. La duracion del hombre, ante la cual la nuestra no es mas que una sombra, prolongó largo tiempo este estado virginal de la religion. La tienda de los patriarcas, abrigando muchos siglos con su cabeza blanca, conservaba fácilmente la memoria de lo pasado, y el rio de la verdad divina no tenia necesidad, para permanecer vivo á los ojos de las generaciones, de que la escritura grabase sus olas en